

## **PRIMER PREMIO - MODALIDAD 3 (Bachillerato y ciclos formativos)**

**MARÍO CARRASCO MARTÍNEZ (2º BB)**

**RELATO: “Sin primavera”**

### **Sin primavera**

Me encontraba en otra noche más de la aletargadora primavera del pueblo, leyendo *La Metamorfosis* de Kafka; páginas a las que sucedieron unos versos de Salinas. El canto de los grillos y la brisa primaveral que llegaban a través de la ventana suponían un azucarado manjar para mis sentidos. Todo era perfecto para uno y no necesitaba más. Siempre fue costumbre para mí terminar mis lecturas diarias con unos versos para así nutrirme del autor y desnudarlo hasta el punto de llegar a sus emociones; a lo que mismamente pudo sentir Machado, por ejemplo, al escribir la elegía a su gran amigo Lorca, mi poeta favorito. Posteriormente, acompañaba el momento con una suave melodía porque de noche no puedo escuchar música muy alta para dormir.

Amanecí con las luces encendidas, la música sin quitar y con un montón de libros desparramados encima de mi cama. Tenía clase a primera hora y ya llegaba tarde, por lo que me dispuse a desayunar rápidamente y a acomodar los libros dentro de la mochila. Llegado al instituto, tuve la misma bronca de mi profesora, Carmela, quien era una obsesa del orden y de la disciplina. Para ella, llegar un minuto tarde era el mayor crimen que un alumno podía cometer contra la sacrosanta responsabilidad. Yo siempre afirmaba con condescendencia a todo lo que me decía, a gritos, claro, y me sentaba con docilidad esperando esa calma que sigue a la tormenta. Después de la bronca y el negativo correspondiente, noté un pequeño golpecito en mi nuca y, tras ello, el leve sonido de algo que había caído al suelo. Se trataba de un papel que me habían tirado. Me dispuse a leerlo y no era más que una nota de mi mejor amiga, Valeria. Quería quedar conmigo esa tarde para tratar una cuestión urgente y le respondí poniendo la hora y el lugar. Cuando, aprovechando que Carmela escribía en la pizarra, le devolví la bola de papel otra vez a su mesa, ella me sonrió y asintió. Me sentía contento porque estaba harto de estudiar todas las tardes cosas como el Imperio Carolingio y sus antecedentes.

Salí de clase entusiasmado y comí en el bar más cercano porque no me apetecía cocinar nada. Valeria era una chica fantástica porque siempre me ayudaba en todo lo que hacía y era la única que compartía su tiempo conmigo. Era la única amiga que tenía y la apreciaba más que a nada en el mundo. Me encontraba inquieto y con ganas de saber lo que quería decirme con tal urgencia y no paraba de preguntarme qué podría ser. Salí del bar después de haberme comido un huevo frito con ajetes junto a un buen vaso de agua porque la sed que tenía era prácticamente insaciable. Me encaminé entonces hacia el lugar

del encuentro. Valeria no había llegado. Me senté en un banco mientras los pájaros cantaban sus alegres melodías y las abejas polinizaban las flores que estaban a mi alrededor. La sensación era de una máxima tranquilidad; era, desde mi perspectiva, el culmen del éxtasis. Pero esta sensación de plenitud duró solo unos cuantos minutos. Cuando me di cuenta de que Valeria estaba tardando mucho y no llegaba, el ambiente, el cielo y todo comenzaron a tornar en un oscuro y melancólico sitio: las abejas regresaron a su dulce hogar y los pájaros dejaron de cantar para ser sustituidos por el llanto de niños que pasaban por mi lado. El estrés ahondaba en mi ser y se acompañaba de una rabia y tristeza porque Valeria no venía para contarme nada.

Se hizo tarde y comenzó a llover de forma inesperada mientras seguía sin comprender la situación. Me dispuse a andar hasta mi solitaria y humilde casa para hundirme en la cama sin ganas de hablar con nadie. Cuando desperté, decidí seguir el mismo proceso del día anterior e intentar llegar a tiempo a clase; y, claro, a enfrentarme con rabia a Valeria o mostrarle mi preocupación al no entender lo que había pasado el día anterior, faltar a la cita, que, para mí, era del peor gusto. El viaje a clase volvía a tornarse siniestro; la primavera se transformó en segundos en el otoño más seco; las petunias con el rocío de la lluvia lloraban sin cesar y se percibía una especie de sufrimiento en todo. Intentaba calmar esa percepción que estaba teniendo de lo que me rodeaba y no podía evitar la incompreensión de ese paso de la serenidad a la melancolía, reflejada en todo lo que percibía ante mis ojos. Cuando llegué a clase, vi que cuando pasaban lista, el profesor saltaba el nombre de Valeria. No pude evitar el preguntar en voz alta dónde se hallaba Valeria, mi amiga, usando para ello una evidente angustia o desesperación por su ausencia. Todos comenzaron a reírse de mí y de mi pregunta, que resultaba para la mayoría de la clase una broma. La incompreensión seguía barriendo mi mente. El profesor no sabía de la existencia de una tal Valeria, ni nadie de la clase.

Pasaban los días y me hallaba ante la soledad más grande que puede vivir un ser en sus carnes, y la búsqueda de mi amiga desaparecida, que ni siquiera estaba en ningún censo de los alrededores, se hacía inevitable. El tiempo en el aula se asemejaba al infierno más terrorífico que puede vivir cualquiera al haberme convertido en el bufón o hazmerreír de la clase y sufrir el derrumbamiento emocional consecuente. Y la primavera se convirtió en el mayor peso que yo podía vivir por el sinsentido de la existencia. Los versos y estrofas que componían mi vida me recordaban a aquellos de la escritora Zürn; por fin comprendí la muerte que se volvía intangible al presentarse como un ser inexistente que en un principio parecía existir. El solipsismo en que estaba sumido era inimaginable, pero ya no me importaba; el escepticismo patológico dio lugar a un mejunje de emociones que me oprimían en espera de reparación.

El último día de la primavera fue el culmen de esos sentimientos que me acompañaban como enemigos sin nombre. Decidí conmemorar el día en el que quise ver a Valeria y volví a aquel banco con los mismos árboles y unas flores

hartas de verse polinizadas. Sentado con mi soledad, vi el paso de la gente realizando actividades cotidianas: los niños acompañaban a sus padres, un hombre trajeado corría quizá porque no llegaba a tiempo a su trabajo y otros ancianos le daban de comer a los pájaros desprendiendo gran tranquilidad. Miré a mi alrededor y vi un banco cercano con una chica, una silueta conocida. Cuando me acerqué, vislumbré ante mis ojos a Valeria. La alegría se apropió de mi cuerpo y la brisa de los vientos de felicidad chocaban contra mi pelo.

La duda sobre la existencia o no de Valeria me resultaba indiferente. Ella me esperaba, el resto de cosas ya no eran importantes. Me senté y le di la mano mientras el sol golpeaba mi tez; por fin sentía como una catarsis recorrer mi cuerpo.